

recen ahora dos libritos de necesaria lectura. Uno es «Marx y Freud», de Robert Kalivoda, y el otro, «La institución del análisis», de varios autores. La busca de esta especie de piedra filosofal de los pensadores modernos con doble vocación, que es la reconciliación entre Marx y Freud (uno de ellos, francés, terminó suicidándose), suele ser una inmensa fuente de confusión. El checo Kalivoda es de los más claros y fructíferos, y utiliza su capacidad de síntesis sobre todo para ensalzar la libertad de criterio y de pensamiento. En el otro cuaderno, «Institución del análisis», François Gantheret hace también una aproximación del freudismo y el marxismo basada, sobre todo, en las dos obras más «políticas» de Freud —«El porvenir de una ilusión» y «El mal estar en la cultura»—, y René Loureau considera una de las claves de la doctrina marxista —la teoría de la división del trabajo— a la luz del psicoanálisis. Es preciso mencionar aquí a Ramón García, que dirige con gran acierto la sección psicológica de estos cuadernos. ■ H.

Algo más que un boletín

El «Boletín Informativo de Ciencia Política», publicación trimestral adscrita a la cátedra de Teoría del Estado en la Facultad de Ciencias Políticas de la Universidad de Madrid, alcanza ahora su séptima entrega. Con un incremento notable en paginación y, según creemos, en tirada respecto a los primeros números, este ejemplar del «Boletín...» registra asimismo un buen nivel en cuanto a las colaboraciones, destacando en la sección de estudios, el trabajo de Manuel García Pelayo sobre los tipos representativos, como contribución a la metodología de la ciencia política, y los tres extensos artículos que, en el marco de la historia de las ideologías, dedican Raúl Morodo, Pedro de Vega y Julián Santamaría al socialista español Luis Araquistáin, a Gaetano Mosca y a la República de los Iguales de Baboef, respectivamente. Desde nuestra perspectiva, subrayaríamos la importancia del artículo relativo a Araquistáin, para conocer la evolución de la mentalidad regeneracionista y la excelente sistematización a que en el trabajo sobre Baboef se someten los componentes de su ideología presocialista.

Cierran el número las habituales secciones de notas, bibliografía y crítica. ■ A. E.

Un antiguo problema: el indoeuropeo

A partir de sus comienzos, en 1816, como ciencia particularizada, el objetivo primario de la lingüística comparada se centró en la investigación de las lenguas, en busca del posible parentesco entre las mismas. De las dos hipótesis que encauzaban las investigaciones: la existencia de una comunidad originaria posteriormente escindida y la existencia de pueblos diversos que por su proximidad espacial y temporal llegaron a hablar lenguas similares, prevaleció la primera, encaminándose las investigaciones hacia los hipotéticos rasgos (cultura, religión, raza, arte, religión) que caracterizarían tal comunidad originaria y común.

En el ámbito de la familia lingüística indoeuropea, extendida desde la India hasta el Occidente europeo, los datos apuntan hacia un pueblo originario y unitario cuya existencia se situaría hacia el 3000 antes de Cristo, y cuyos emplazamientos fundamentales estarían localizados en el área danubiana, en la nórdica y en algunas zonas asiáticas no muy bien definidas. Con respecto a la raza, sin embargo, la teoría de una única raza hablante del indoeuropeo se desechó a favor de un conglomerado étnico (una raza asiática de tipo braquicéfalo, un pueblo de pastores euroasiáticos —los Cro-Magnon— y los portadores de la cultura megalítica), cuya única fuente susceptible de investigación cultural vendría dada por la paleontología lingüística. Tal disciplina trabaja sobre grupos de palabras que denotan realidades similares, de los que deducen un léxico indoeuropeo que a su vez esboza una situación y unos niveles culturales singularizados.

Sobre estos presupuestos generales viene a incidir el libro del profesor Francisco Villar, *Lenguas y pueblos indoeuropeos*, publicado recientemente por Ediciones Istmo.

El profesor Villar inicia su trabajo con una información histórica sobre el planteamiento del problema indoeuropeo, elaborando una crítica de la metodología tradicional empleada por la paleontología lingüística, limitando el alcance de sus conclusiones. En cuanto a la cuestión medular del problema, pone en duda la hipótesis primordial de un pueblo originario con una lengua originaria, siguiendo en su exposición las hipótesis de trabajo del profesor Bosch Gimpera. Según éstas, los núcleos originarios fundamentales serían dos: el danubiano centro-europeo (lenguas indoeuropeas occidentales: latín, celta) y el



Cabezas equinas en diorita. Cultura de los Kurganes, posiblemente indoeuropea.

póntico-caucásico (lenguas indoeuropeas orientales: indio, iranio), de los que que derivarían tres núcleos accesorios: el nórdico (germánico) y el dinárico (etitas y griegos), del primero, y la cultura de las estepas (iranios menores escitas, cimérios y sármatas), del segundo.

Tras la descripción de las lenguas indoeuropeas, el profesor Villar pasa a examinar, desde el punto de vista histórico, los pueblos indoeuropeos y su posible identificación con núcleos prehistóricos innominados («pueblos de las urnas», «cultura de Wessenstedt», etcétera), investigando los elementos de que participan las lenguas descritas, según una crítica del método comparativo y una exposición de los elementos de acuerdo a su clasificación en fonéticos y morfológicos. Quizá sea esta última

parte la más técnica, la que resulte más intrincada para el lector poco avezado, que, no obstante, se habrá desenvuelto sin mayores problemas a lo largo del libro, para cuya cabal comprensión puede muy bien prescindir de ella o acudir al glosario final del volumen.

Lenguas y pueblos indoeuropeos constituye, pues, un nuevo empeño por clarificar y divulgar una cuestión siempre polémica y sujeta a controversias, las más de las veces por motivos ajenos a los estrictamente científicos y afectos a extrañas emotividades, quizá subconscientes. Por eso es importante su publicación, y por el hecho de ser su autor uno de los más jóvenes científicos dedicados a la materia, profesor de la Universidad de Madrid, que obtuvo sobresaliente *cum laude* con su tesis doctoral «Origen de la flexión nominal indoeuropea». ■ CH.

Sociología de las nacionalidades

Julio Busquets acaba de publicar este didáctico libro. El lo dirige a estudiantes. Pero bien estaría en los estantes de todo español de cultura media.

Con él se percataría de algunos datos básicos para desarrollar su conciencia política. Si el hombre es un «zoon politikon», no tiene más remedio que adquirir una conciencia inteligente de su condición y orientarla.

Y libros como el de Busquets pueden servir para ello. La primera cosa que nos recuerda es importante (incluso decisiva): «No existe un concepto universal de nación válido para todos los pueblos y todas las épocas».

Después son muchas las cosas que aprendemos o volvemos a recordar, lo mismo de orden intelectual que pragmático. Porque el autor sabe dosificar ambas cosas con habilidad.

Ciertas pinceladas bastan para caracterizar nuestra ambivalencia histórica: «En España —dice—, frente al "Dios, Patria, Fueros y Rey!", lema de los carlistas y resumen del ideario conservador, alzaron los liberales el "¡Viva la nación!" y "¡Viva la Constitución!" como resumen de los ideales de la burguesía».

¿Cuál fue la actitud de la Iglesia española ante ello? «La Iglesia bendijo el patriotismo y condenó el nacionalismo, quizá porque el término patria era usado por los defensores de un orden tradicionalista-clerical y el de nación por los liberales, que inicialmente eran anticlericales». Pero, sobre todo, yo creo que fue porque la Iglesia —institución con muchos siglos de existencia a cuestas— se volvió una pesada estructura estática que se alia —por autodefensa— con todo lo que era conservador y antiprogresivo.

Me fijo principalmente en los aspectos religiosos del libro (aunque habría que dedicar igualmente otro comentario a las demás dimensiones, igualmente interesantes). Recuerda Busquets tres cosas: la primera es «la influencia, en general, de los santuarios religiosos en el hecho nacional o regional», y a renglón seguido nos dice que «la influencia de la religión en la vida de los pueblos es aún actualmente muy importante en los países subdesarrollados». Para terminar diciendo que «el poseer una religión nacional es una tentación muy generalizada entre los gobernantes más o menos nacionalistas, y cuando esto no es posible se intenta a veces tener una religión oficial o estatal: el galicanismo francés, el anglicanismo inglés y el josefismo austrohúngaro son nuevos ejemplos de un mismo suceso histórico».

¿Qué le pasa a la religión con ello? «Como es lógico, la religión que se preste a ello paga un precio prohibitivo, pues pierde toda posibilidad de universalismo al comprometerse con un Estado».

Respecto a las guerras, recuerda la afirmación de Kelsen de que las contiendas religiosas son consecuencia de nacionalismos religiosos, y que «es el factor nacionalista más que el religioso el que aporta la belicosidad». Lo que ocurre es que lo religioso frecuentemente bendice al nacionalismo exacerbado o éste se pone bajo la protección religiosa. Así, en la primera guerra mundial, los predicadores alemanes afirmaban frecuentemente en sus sermones: «Gott mit uns» («Dios está con nosotros»).

Es muy curioso el acercamiento que hace entre el li-

beral Renan (sacerdote que abandonó su condición) y el conservador católico Vázquez de Mella al enfocar el concepto de nacionalidad. Renan afirmó que «una nación es un gran agregado de hombres con espíritu y calor de corazón», que tienen dos cosas: «una rica herencia de recuerdos» y «la voluntad de asumir la mayor parte de la herencia común». Y Vázquez de Mella la define como «un principio importante que, a semejanza de nuestro espíritu, se denomina espíritu nacional, y consiste en un fondo común de ideas, de sentimientos, de aspiraciones, expresado en tradiciones y costumbres semejantes».

En cambio —en contraposición a esas posturas burguesas— nos recuerda que «para Lenin, lo mismo que para Marx, lo nacional es secundario».

Es interesante también el capítulo que dedica al final al federalismo, que tan hondo arraigo tiene en el sentimiento popular español, como reconoció Menéndez y Pelayo hablando de Pi y Margall, su promotor en el siglo XIX. ■ E. MIRET MAGDALENA.

William Blake, entre el cielo y el infierno

Se ha publicado recientemente en castellano, bajo el título *Poemas proféticos y prosas* (1), una selección antológica de la obra de aquel gran visionario, poeta y dibujante, llamado William Blake. Su prologuista y traductor, Cristóbal Serra, afirma: «La posteridad tiene en cuenta el genio de Blake pero, en su época, no tuvo el reconocimiento de la crítica ni la consideración del mundo. Es casi comprensible que le trataran mal sus contemporáneos, pues apenas podemos imaginar un momento o un esquema de las cosas en los cuales haya podido vivir o descansar sin un asomo de rebeldía».

William Blake conversaba con los ángeles y los demonios, almorzaba en compañía

de los profetas del Antiguo Testamento, saludaba por la calle al apóstol San Pablo y discutía a menudo con el bueno de John Milton, cuyo puritanismo llegaba, en ocasiones, a irritarle. Sus contemporáneos —gentes escandalizadas por la vorágine de la cercana Revolución francesa— le apodaban, despectivamente *mad Blake*; pero no estaba loco, ni se mostraba propenso a padecer delirios o alucinaciones. Sencillamente, poseía una imaginación descomunal, ramificada hasta los más insospechados vericuetos de todas sus posibilidades sensoriales. «Los hombres —escribió con justificado orgullo— creen que pueden copiar la Naturaleza tan correctamente como yo copio la imaginación. Esto último no les cabe en sus mentes...». Los ojos de Blake veían realmente espectros de pulgas y cadáveres de hadas tendidos sobre las hojas de un rosál. Antes de cumplir los diez años, confesó a su padre que había visto un árbol cuajado de ángeles resplandecientes; su madre le libró de la inminente paliza paterna. Más tarde, nadie le libraría de la incompreensión de sus semejantes; éstos nunca le perdonaron sus excesos imaginativos. Sólo una pobre mujer, analfabeta y sumisa, llamada Catherine Boucher, aceptó sin rechistar sus numerosas extravagancias; durante cuarenta y cinco años compartió dócilmente —con una docilidad entreverada de

amor y comprensión, que recordaba en cierto modo la devoción de Sancho Panza hacia el delirante hidalgo manchego— las ideas y propósitos de un marido tan difícil y problemático como William Blake. Nunca se opuso a las sugerencias de su esposo, por muy descabelladas que éstas pudiesen parecer a simple vista —ambos solían, por ejemplo, leer «El paraíso perdido» completamente desnudos sobre el césped de su pequeño jardín de Poland Street: era un ingenuo ceremonial que les hacía sentirse identificados con la pareja protagonista del Génesis—; y sólo cuando Blake intentó poner en práctica sus teorías sobre la poligamia, la infeliz Catherine, asustada por la perspectiva de tener que compartir la vida con una o varias concubinas, lloró y suplicó hasta conseguir la revocación de aquel proyecto.

Acaso lo que pareció locura a los contemporáneos de Blake no fue sino lucidez profética, anticipación efectiva de nuevas formas de conocimiento, heterodoxia ontológica. Cuando William Blake, en su célebre *Matrimonio del Cielo y del Infierno*, escrito hacia 1790, afirma: «Sin contrarios no hay progreso», rompe todo un cúmulo de métodos escolásticos y se interna en un universo dialéctico cuya síntesis suprema es —entre la Razón y la Energía, entre el Amor y el Odio, entre el

Bien y el Mal, entre el Cielo y el Infierno— el Hombre, con mayúscula, capaz de percibir mediante la imaginación la infinitud de todas las cosas, capaz de ser Dios de sí mismo. «Donde falta el hombre, la Naturaleza es estéril», dice uno de los *Proverbios infernales* de Blake. ¿Por qué «infernales»? Acaso porque los auténticos poetas —y William Blake lo era— pertenecen, sin saberlo, al «partido del Diablo». ■ S. R. S.

Mad, un humor universal

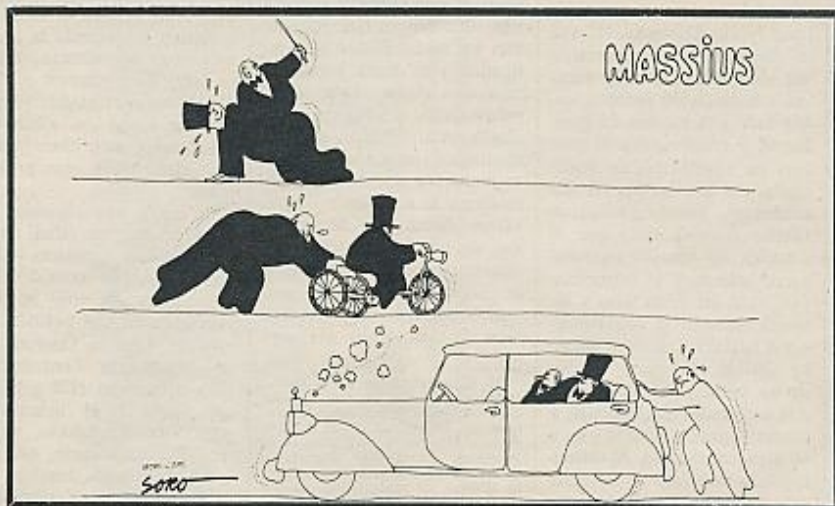
Hacia mucho tiempo que la revista norteamericana de humor *Mad* no llegaba a nuestros quioscos, coincidiendo, parece ser, con un número dedicado a la crítica de John F. Kennedy, que apareció, precisamente, en los días de su fatal visita a Dallas. *Mad*, ahora, llega regularmente y aunque sus contenidos se han despolitizado en gran medida, sigue siendo un interesante termómetro de la sociedad yanqui.

Mad es el *Punch* de la sociedad tecnológica. Nacida en 1952, como resultado de haber llegado a la conclusión de que el humor era una forma astuta de eludir la represión maccarthysta, ha actualizado la intencionalidad del *Punch* inglés, recreando los patrones de la crítica, de la ironía y de la disolución a tra-

vés del chiste y la historieta. *Mad* ha realizado la tarea de inventar las necesarias formas, mucho más ácidas, por cierto, capaces de sustituir la concepción liberaloide del humor crítico del XIX.

En España ha llegado un momento en que es posible el nacimiento y éxito de un periódico de parecidas características. Y no sólo se apoya la afirmación en la rica tradición que se interrumpe con la guerra, sino también en el auge actual de humoristas tan dispares como Forges, Chumy-Chúmez, Mingote, Ops, etcétera. Pero no un periódico que recoja visiones parciales, individuales y aisladas, como son las pocas revistas de humor que hoy existen; por el contrario, habría que intentar crear un *Mad* reflejo de la situación y de la sociedad españolas, con una línea editorial definida y que supiese aunar las visiones concretas en una intención global.

Mad lo ha hecho así. Es como un petardo en medio de la alienación de los *mass media*. Valiéndose de sus mismas fórmulas comerciales y de presentación, utilizando los canales que el propio sistema le proporciona ha creado un producto a caballo entre lo comercial y lo *underground*, con la ventaja de recoger ciertos aspectos de éste en un medio con mucho mayor alcance. Cine, cómic, televisión, *speeches* políticos pasan por el tamiz de la Redacción de *Mad* —entre los que habría que citar a Mort Drucker, Jack Davis y Angelo Torres, creadores de una escuela que ha influido en el desarrollo posterior del cómic y el humor norteamericanos—, para ofrecernos una realidad mucho más acorde con la verdadera. Y como, en gran parte, sus *comics*, sus *films* y sus *televídeos*, sus *speeches*, son también los que nosotros soportamos, *Mad* ofrece al lector español una posibilidad más allá del papantismo y extasiamiento ante la alienación de los medios de comunicación. Una posibilidad que, sin embargo, no se decide a ser clarificadora. ■ IGNACIO FONTES.



(1) William Blake, *Poemas proféticos y prosas*. Versión y prólogo de Cristóbal Serra. Barral Editores. Ediciones de Bolsillos, Barcelona, 1971.